

DESTRUCCIÓN
TOTAL
DEL
MUSEO
DE
ANTROPOLOGÍA
un proyecto de Eduardo Abaroa

marzo 5 - marzo 31, 2012

martes a jueves de 11:00 am a 6:00 pm

viernes y sábado de 11:00 am a 4:00 pm

La pasión por la destrucción es también una pasión creativa
Mikhail Bakunin

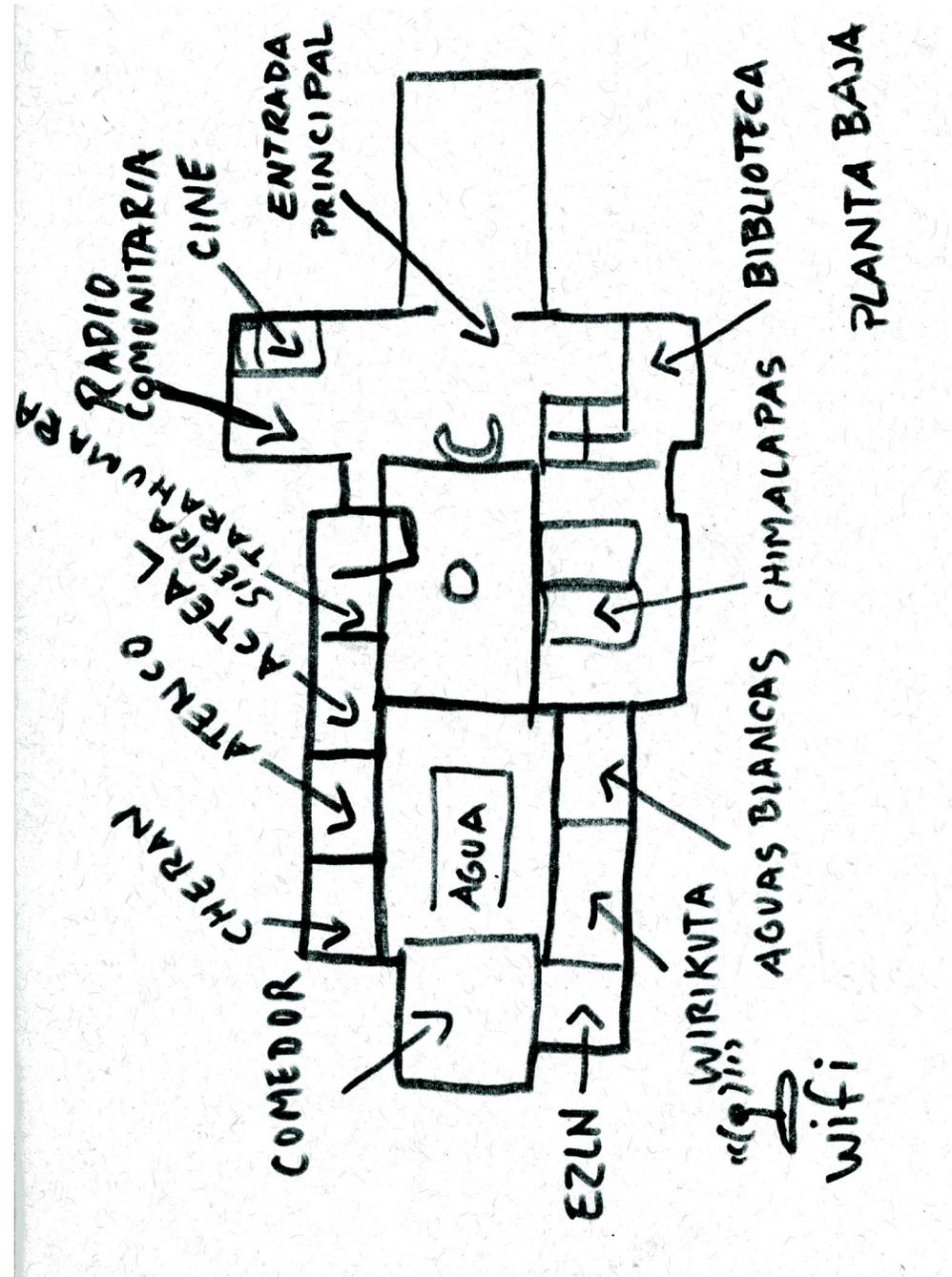
Esta exhibición describe en primer lugar un proceso meramente físico, que aún en su carácter de posibilidad puede generar implicaciones discursivas acerca de la práctica museológica, histórica, antropológica y artística.

La función que se ha dado a los museos a lo largo de la historia es la de preservar las proezas culturales de los pueblos. Pero esta intención siempre ha servido de coartada a hechos tangibles de rapiña arqueológica. En la mayoría de los casos se trata de un recurso de dominación. La institución museística sigue siendo hoy un lugar incómodo a menos que uno escoja erradicar una serie de eventos inconvenientes para la memoria y el espíritu de la cultura oficial.

El proyecto hace eco de dos tradiciones, una que comienza con la célebre propuesta de Bakunin, cuyo matiz explosivo antecede innumerables movimientos de vanguardia, incluyendo a futuristas, dadaístas, fluxus, destructivistas, punks, etc. Por otra parte la muestra se añade a la larga serie de atentados simbólicos contra los museos que dan colorido al ejercicio de la crítica institucional.

Si uno de los propósitos del Museo Nacional de Antropología desde su fundación ha sido la revaloración de los pueblos originarios de México, hoy vemos que su enfoque ha sido insuficiente y es en cierta medida obsoleto.

Su esplendor arquitectónico a la vez exalta y disfraza la desesperada situación de muchas etnias distintas que a pesar de grandes esfuerzos sobreviven los embates de los procesos geopolíticos. La majestuosidad de la institución contrasta con la precariedad y el descuido de las prácticas culturales que el Estado dice defender.



Demolición

Tatatatatattayyayayayayyyaa
Echemos abajo la estación del tren
demoler demoler demoler demoler
echemos abajo la estación del tren
demoler demoler la estación del tren

Tatatatatattatayyayayaya
nos gusta volar la estación del tren
demoler demoler demoler demoler
ye ye ye ye ye ye ye
ye ye ye ye ye ye ye
Demoler demoler demoler demoler
ahhh
tatatatatayyayayaya

Demolición, Los Saicos, 1965

Hace veinte años, un querido amigo, Eduardo Abaroa (México, 1968), propuso un juego: descalzos y vestidos exclusivamente con playera y calzones, los participantes del mismo deberían colocar uno a uno, un hot cake sobre otro y debían decir ‘hagan una rueda’, tomándose de las manos y aguantando la respiración, haciendo un círculo alrededor de la creciente torre de hot cakes, hasta perder la respiración o hasta que la construcción se derrumbara. Antes, en un departamento de un edificio colonial del centro de la ciudad de México, Eduardo elaboró una estructura frágil y ligera con madera balsa, articulada únicamente por hilos y sostenida –flotando- por globos inflados con gas helio, uno de estos volaba a exterior del cuarto en que la escultura se hallaba, modificando sutil y delicadamente toda la pieza, hasta que la misma se colapsó, desmadejada sobre el piso. Posteriormente realizó otra escultura atravesada por la tensión que significa el derrumbe del uso, del significado o el quebranto físico de la materia, en la que durante una semana llevaba a todas partes una bolsa de pan de caja en la mano, y cada vez que alguien le preguntaba porqué, él tomaba una rebanada de pan y la apretaba en el puño haciendo una bolita implosiva que luego depositaba en la bolsa, sin decir palabras.

Demoler es lo opuesto a construir, y hay muchas maneras de demoler, curiosamente no más sencillas en sus procesos, técnicas y estrategias que los de la construcción. La imagen estereotípica de una gigantesca grúa con su brazo enhiesto del que pende una bola metálica que se balancea y que en su columpiar desbarata una casa o un inmueble se ha hecho obsoleta ante los progresos en la industria de la destrucción. La industria de la demolición se ha sofisticado a niveles tan elaborados que finalmente se hacen familiares, como la así llamada ‘deconstrucción’, que es el desmembramiento pieza por pieza de una edificación, para recuperar y reciclar los materiales que lo integran: ladrillo por ladrillo, clavo por clavo.

La implosión también ha permitido derruir edificios gigantescos sin que dañen otras estructuras adyacentes y que se han convertido en hitos de la tecnología, del desarrollo de un lenguaje exclusivamente diseñado para destruir, solamente superado por el diseño de armas y de epidemias sintéticas. Otras técnicas depuradísimas en su planeación pulquerrima, que con claridad devastadora apuntan también a una demolición simbólica de las construcciones que hace el ser humano, de su capital, y de lo que éste significa, en su ánimo deliberadamente destructivo, se han convertido en emblema de nuestros tiempos, como la decapitación certera del World Trade Center de Nueva York, el once de septiembre de 2001.

Eduardo Abaroa es un artista cuyo trabajo rebosa de metáforas y otras figuras, enriquecidas por un vocabulario diverso y complejo -técnica y conceptualmente-, cuyos formatos se trascienden a sí mismos en giros hacia campos diversos, ahora apuntan a la ingeniería destructiva. Abaroa se ha propuesto la demolición total del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México, gesto que aparece como un reto demasiado espinoso en términos simbólicos, casi en un exceso que rebasa cualquiera otra propuesta de demolición, por sus implicaciones políticas y económicas. La destreza de Abaroa como escultor, en un sentido tradicional, es una de las principales virtudes de su trabajo, pues siempre ha ocupado un papel fundamental en su discurso, ya sea modelando resinas y cerámicas, construyendo y ensamblando con materiales heteróclitos y generando imágenes juguetonas y excéntricas que redundan en ejercicios plásticos plurales y ocasionalmente inestables; pero también su obra ha estado permeada de una voluntad performática no exenta de un humor negro y satinado, como en las acciones que enumeré al principio. En este caso, su voluntad de destruir el museo de marras apunta no solamente al desmoronamiento físico del edificio que alberga tal vez las colecciones más importantes de arte prehispánico mesoamericano, sino también y por lo mismo, al desquebrajamiento simbólico de aquello que en su conjunto representa los cimientos de la así llamada ‘identidad nacional’: justamente un edificio emanado de la institución cultural post-revolucionaria, mismo que se impuso a la diversidad cultural de una manera que podría llamarse -como le bautizó el rector de la Universidad Nacional Pablo González Casanova- ‘colonialismo interno’.

El edificio que contiene los objetos más representativos de las culturas mesoamericanas es el mamut político y turístico con el que el Estado llamado mexicano ha consolidado la unidad nacional, es la concreción formal moderna del museo como mausoleo. En una acumulación, que yo más bien llamaría amontonamiento, de los bellísimos vestigios de nuestro glorioso pasado histórico, los pedazos de arcilla, madera, piedra, textil, palma y cristal que componen ese patrimonio compiten en su evidente concreción con la marginación, el racismo y la miseria a los que los llamados indígenas mexicanos han sido y siguen siendo sometidos. En este sentido, la demolición del museo se hace indispensable en la misma proporción en la que Joseph Beuys exigió en algún momento aumentar en algunos centímetros el Muro de Berlín, durante los momentos más rípidos de la Guerra Fría.

En realidad, casi sería más congruente no sólo destruir el museo sino el país completo, derribar sus instituciones y sobre sus ruinas fundar un nuevo estatuto del ciudadano, una nueva concepción de la cultura, de sus estructuras, de sus productos y de quienes los elaboran. En ese hoyo gigantesco que dejaría la demolición propuesta por Eduardo Abaroa, en esa pura negatividad tendría que florecer la posibilidad.

Por otro lado, Abaroa propone al mismo tiempo un chingadazo verbigracia a la arquitectura institucional moderna mexicana. El autor del edificio no es cualquier otro constructor local, pues personifica de manera emblemática al intelectual que al mismo tiempo que es empleado de la institución cultural, de la administración cultural, el burócrata estratega, el dador de la forma de edificios que en su conjunto bien podrían representar la arquitectura del Priato y sus setenta y tantos años de democracia dirigida; sólo por mencionar un ramillete de ejemplos de su autoría: la basílica de la virgen de Guadalupe, el museo de arte moderno, la torre de Tlatelolco, el estadio Azteca, el palacio legislativo de San Lázaro, la torre de Mexicana de Aviación y el museo Amparo en Puebla, además de haber sido presidente del comité organizador de los juegos olímpicos de 1968 y diseñador del logotipo de Televisa. Y es que, aunque el Museo Nacional de Antropología es tal vez la obra menos desagradable del siniestro arquitecto, y aunque cumple impecablemente con su cometido funcionalista de crear ideología, de todas maneras dan ganas de derrumbarlo, por lo menos de esta manera.

Abraham Cruzvillegas 2012

Ponemos a su disposición en la Mesa de Acceso, una selección realizada por el artista que expone en el espacio de galería. Esta recopilación puede ser variada e ir desde libros de literatura, monografías, ensayos, libros técnicos... que el artista comparte con público para ventilar algunas de sus lecturas, preferencias e inquietudes.

1. DeLanda, Manuel. *A Thousand Years of Nonlinear History*, Swerve Editions. Estados Unidos, 2000
2. Debray, Régis. *Transmitir*. Ediciones Manantial. Argentina, 1997
3. James, Peter ; Thorpe, Nick. *Ancient Inventions*. Ballantine Books, Nueva York, 1997
4. Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 2000
5. López Austin, Alfredo; López Luján, Leonardo. *El pasado indígena*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1996
6. Báez, Alfredo. *El saqueo cultural de América Latina*. Edit. Debate. México, 2007
7. De Landa, Fray Diego. *Relación de las cosas indígenas*. Monclem Ediciones. México, 2000
8. Bakunin, Mikhail. *Dios y el Estado*. Edit. AGEBE. México, 2008.
9. De las Casas, Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ediciones Catedra. México, 1984

Esta selección realizada por Eduardo Abaroa presenta libros que apuntan a los procesos de reproducción, transmisión y destrucción de los rasgos culturales y tecnológicos a lo largo del tiempo.